

Espacios oblicuos de Paloma Fernández Gomá

Paloma Fernández Gomá

Espacios oblicuos

Devenir, Madrid, 2015.

Alberto Torés García

Oráculos, plegarias, itinerancias, incógnitas, altares, horizontes, tiempos, ángeles que se transparentan al alba, se proclaman de añil, convergen en el ocaso, destilan penumbras a media tarde, se dejan aflorar en los encuentros y penetran clarividentes los pulsos con un cinematográfico color azul que irremediablemente me trae a la memoria la figura de Marlene Dietrich y me empujan a buscar los ecos de las voces de Rafael Alberti y Rafael Pérez Estrada. En todo caso, son metáforas todas en definitiva, que recorren acciones y emociones articulando un corpus poético con sus pausas y ritmos tan singular como necesario. Paloma Fernández Gomá lleva años configurando bellas imágenes, miradas asonantes en el tiempo e ideas consonantes en el espacio, generando poéticas desde las que seguir reflexionando y soñando. A ciencia cierta, desde que publicara su poemario *El ocaso del girasol* en 1991, Fundación José Luis Cano, Algeciras, no son pocos los libros editados y reconocidos, como también es sobresaliente su labor como conferenciante, gestora cultural, antóloga, narradora, directora de colecciones de poesía y publicaciones tan esenciales como Calíope, Tres Orillas.

Quizá sea momento de mostrar gratitud como lector con antigüedad y entender que su obra poética se encierra en una dimensión de autenticidad que merecería el pleno reconocimiento, hecho por otro lado, contrastado por sus fieles lectores..

A mi modo de ver, pese a esa multifuncionalidad creativa, la poesía es el eje primordial de su escritura. La propia autora considera que la poesía es consustancial a la naturaleza humana y todos están comprometidos en lo que de eterno o imperecedero hubiera en ellos, es decir, un rasgo esencial del humanismo solidario; cuyo manifiesto y preceptos teóricos son suscritos por nuestra poetisa.

Espacios oblicuos no se inserta en una tradicional funcionalidad del *voyeurismo* con la ventana como protagonista, como puede apreciarse en poetas clásicos como Hugo, Baudelaire o Mallarmé, sino que participa activamente en los movimientos de la naturaleza. Sin duda, la autora madrileña es creadora de fábulas según lo estipulado por Aristóteles en su *Poética*, pero también es el cumplimiento de la belleza, tal como propuso Todorov.

El poemario de Paloma Fernández Gomá pasa del uso transitivo del lenguaje a su intransitividad. Así el libro se iniciara con esta primera consideración en ese magnífico poema “Cenital”: “*En el arco de las ramas del almendro/ se oculta el oráculo que profetiza/ el verde de los valles en su eterna itinerancia/*” y cerrará el poemario con nuestra segunda constatación manifiesta en el poema “Horas y días”: “*Se desploma la noche, cuando el viento ulula/entre*



POESÍA
Devenir

hoces invisibles y un vértigo antiguo crece/ al ritmo del tiempo/”.

Un ideal de unidad y una voluntad de pluralidad se citan en el movimiento y en la belleza, los ejes espaciales de lo unipersonal con manto universal sienten el continuo respirar de la palabra de Paloma Fernández Gomá, incluso cuando está contra la pared: “*Desasistidas las palabras han incubado/el ardor extremo de su herencia/en los leños que se consumen*”, puede leerse en el citado poema “Horas y días”.

Cabría pensar que el dolor cercaría el espacio poemático y que la ilusión aparecería erosionada. Bien es cierto, a mi modo de ver, que dos polos medidores son el miedo y la esperanza. Nuestra poetisa se decanta por la esperanza y se adentro en sus sentimientos, deseos, ideas e incertidumbres con el entusiasmo requerido y documentado en los planteamientos estéticos del “Humanismo Solidario” y de acuerdo con las entrañas de la literatura, esto es, buscar y aportar emoción, pasión, conocimiento y placer, en suma, ofrecer una nueva mirada del mundo, donde indiscutiblemente la ilusión y una suerte de realismo mágico tronan con sensualidad: “*Los héroes ofrendaron los frutos del mar, resucitando leyendas, obviando la razón.*”

Nos escribe en la parte II del magistral poema “La senda del agua” que es una muestra perfecta del aquel dogma propuesto por Verlaine, el dogma de la música poética. No puedo evitar recordar a mi añorado y admirado poeta Rafael Soto Vergés que, a propósito de la poesía de Paloma Fernández Gomá, afirmaba que se trataba de “una cosmovisión espacial, misteriosa y solemne”.

Paralelamente, otro poeta de gran dimensión y por tanto de acierto crítico como José Sarria nos lo detalla con nitidez: “buscar, indagar, rastrear en el lenguaje, diseccionar la palabra hasta encontrar lo esencial, aquello que resulta invisible a los ojos. La suya es una apuesta definitiva de la poesía connotativa, alistada en el batallón de poetas que, como Ángel Crespo, han defendido el destronamiento de la Diosa razón, por entender que el poema es mucho más que un mero acta notarial donde todo queda reducido a la simple descripción de unos hechos cotidianos, una decidida apuesta por indagar (desde los espacios naturales conocidos) otros mundos mucho más profundos que los ofrecidos por la inmediatez de nuestros conocimientos más cercanos. Esta característica simbolista (esencial para entender la poética de Fernández Gomá), alegórica e impregnada de cierto gusto culturalista (el jardín de las Hespérides, las columnas de Hércules o los hijos de Gea), con la que se acomodan sus poemas, es la que subyace mayoritariamente en todo el poemario.

Podría completarse con las consideraciones de Miguel Florián, que considera este poemario como “un libro que acerca las conciencias desde la solidaridad de una poesía sin ataduras, de compromiso con el hombre y desde el hombre, donde los valores y el sentimiento universal contemplan marcos temporales y espacios diversos, acercando todo aquello que une al hombre en la distancia. Dicho de otro modo, como un libro que se inserta plenamente en la estética humanista solidaria.

Ciertamente, el gran acierto del verso de Paloma nos viene de una conciencia de obra que escapa a los vaivenes de modas o actitudes arribistas y se deposita en el respeto a la historia de las palabras, en la fuerza del mito que en términos de la autora son el “mar de voces antiguas” reforzado por un verso luminoso, sensual y sugerente.

Un empeño que logra con creces porque se formula a partir de una arquitectura meditativa que se cruza con la proporcionalidad que aporta la música. Bien mirado, *Espacios oblicuos* ilustra desde el título esa voluntad de integrar las líneas melódicas de sus textos que conforman el orden temporal con lo que su arquitectura realiza espacialmente, en definitiva, de concretar su voluntad por singularizar las directrices del

humanismo solidario.

Bien es verdad que a menudo no reparamos en las ediciones. Me parece por ello oportuno, como lector, destacar la labor editorial de Devenir, esa constante perseverancia y devoción de Juan Pastor desde hace décadas. Un diseño editorial perfecto para acoger la poesía de Paloma Fernández Gomá que a su vez recoge dimensiones, tiempos, territorios, símbolos donde convergen las complejas paradojas del universo y del ser. Un territorio que se concreta en el Campo de Gibraltar y en ciudades amigas como Tánger o Larache. Lugares que le confieren mayor plasticidad si cabe a sus versos. El latido espiritual, en ocasiones los guiños al surrealismo, la exploración lingüística, su universo propio entre lo cósmico y lo natural presentan como principio organizativo interno una suerte de certidumbre de la incertidumbre, un dominio de motivación de los discursos que plantean la armonía como fundamento.

No cabe duda, el lector interesado de poesía está de enhorabuena. *Espacios oblicuos* es una decisión de lectura “útil”.